

PAUL AUSTER
FANTASMAS



Paul Auster

Fantasmas

Traducción de Maribel De Juan



Seix Barral

En primer lugar está Azul. Más tarde viene Blanco, y luego Negro, y antes del principio está Castaño. Castaño le inició, Castaño le enseñó el oficio, y cuando Castaño envejeció, Azul le sustituyó. Así es como empieza. El escenario es Nueva York, la época es el presente, y ninguno de los dos cambiará nunca. Azul va a su oficina todos los días y se sienta detrás de su mesa, esperando que ocurra algo. Durante mucho tiempo no ocurre nada, y luego un hombre que se llama Blanco entra por la puerta, y así es como empieza.

El caso parece bastante sencillo. Blanco quiere que Azul siga a un hombre que se llama Negro y que le vigile todo el tiempo que haga falta. Cuando trabajaba para Castaño, Azul hacía muchos trabajos de seguimiento, y éste no parece diferente, quizá incluso más fácil que la mayoría.

Azul necesita el trabajo, así que escucha a Blanco y no le hace muchas preguntas. Supone que se trata de un caso matrimonial y que Blanco es un marido celoso. Blanco no da muchas explicaciones. Quiere que le mande un informe a la semana, dice, a tal apartado de correos, mecanografiado por duplicado en hojas de tal largura y tal anchura. Azul recibirá un cheque por correo todas las semanas. Blanco le dice luego a Azul dónde vive Negro, qué aspecto tiene, etcétera. Cuando Azul le pregunta a Blanco cuánto tiempo cree que

durará el caso, Blanco le contesta que no lo sabe. Que siga mandando los informes hasta nuevo aviso, le dice.

Para ser justos con Azul hay que decir que lo encuentra todo un poco raro. Pero afirmar que tiene recelos en ese momento sería ir demasiado lejos. Sin embargo, le es imposible no advertir ciertas cosas de Blanco. La barba negra, por ejemplo, y las cejas excesivamente pobladas. Y luego está la piel, que parece exageradamente blanca, como si estuviera cubierta de polvos. Azul no es ningún aficionado en el arte del disfraz y no le resulta difícil notar ése. Después de todo, Castaño fue su maestro y en sus tiempos Castaño era el mejor del gremio. Así que Azul empieza a pensar que se ha equivocado, que el caso no tiene nada que ver con el matrimonio. Pero no va más allá, porque Blanco sigue hablándole y Azul necesita concentrarse en seguir sus palabras.

Todo está arreglado, dice Blanco. Hay un pequeño apartamento justo enfrente del de Negro. Ya lo he alquilado y puede usted mudarse hoy. Pagaré el alquiler hasta que se acabe el caso.

Buena idea, dice Azul, cogiendo la llave que le da Blanco. Eso eliminará el trabajo de piernas.

Exactamente, contesta Blanco, acariciándose la barba.

Y así el asunto queda resuelto. Azul acepta el trabajo y se dan la mano. Para demostrar su buena fe, Blanco le da a Azul un anticipo de diez billetes de cincuenta dólares.

Así es como empieza, por lo tanto. Con el joven Azul y un hombre llamado Blanco, que evidentemente no es el hombre que parece ser. No importa, se dice Azul cuando Blanco se ha ido. Estoy seguro de que tendrá sus razones. Y, además, no es mi problema. Sólo tengo que preocuparme por hacer mi trabajo.

Estamos a tres de febrero de 1947. Lo que Azul no sabe, claro está, es que el caso durará años. Pero el presente no es menos oscuro que el pasado y su misterio es igual a cualquier cosa que nos reserva el futuro. Así es el mundo: un

paso después de otro, una palabra y luego la siguiente. Hay ciertas cosas que Azul no puede saber en este momento. Porque el conocimiento llega despacio, y cuando llega, a menudo hay que pagar un alto precio personal.

Blanco sale de la oficina y un momento más tarde Azul coge el teléfono y llama a la futura señora Azul. Voy a esconderme, le dice a su novia. No te preocupes si estoy una temporadita sin llamarte. Estaré pensando en ti todo el tiempo.

Azul coge una pequeña bolsa gris de un estante y mete en ella su treinta y ocho, unos prismáticos, un cuaderno y otras herramientas del oficio. Luego arregla su mesa, pone en orden sus papeles y cierra la puerta con llave. Desde allí va directamente al apartamento que Blanco ha alquilado para él. La dirección no importa. Pero digamos que está en Brooklyn Heights, por bien de la trama. Una calle tranquila, poco transitada, no lejos del puente, la calle Naranja, quizá. Walt Whithman compuso a mano la primera edición de *Hojas de hierba* en esa calle en 1855 y fue ahí donde Henry Warb Beecher lanzó vituperios contra la esclavitud desde el púlpito de su iglesia de ladrillo rojo. Bueno, ya está bien de color local.

Es un pequeño estudio en el tercer piso de una casa de cuatro plantas de piedra parda. Azul se alegra al ver que está completamente amueblado, y mientras se mueve por la habitación examinando los muebles, descubre que todo lo que hay allí es nuevo: la cama, la mesa, la silla, la alfombra, las sábanas, los utensilios de cocina, todo. Hay un juego completo de ropa colgado en el armario, y Azul, preguntándose si la ropa es para él, se la prueba y ve que le sienta bien. No es el sitio más grande en el que he estado, se dice, paseando de un extremo a otro de la habitación, pero es bastante acogedor, bastante acogedor.

Vuelve a salir, cruza la calle y entra en el edificio de enfrente. En el portal busca el nombre de Negro en los buzo-

nes y lo encuentra: Negro — tercer piso. Hasta ahora todo va bien. Luego regresa a su habitación y se pone a trabajar. Separando las cortinas de la ventana mira hacia afuera y ve a Negro sentado ante una mesa en su habitación al otro lado de la calle. Por lo que Azul puede ver, deduce que Negro está escribiendo. Una mirada a través de los prismáticos se lo confirma. Las lentes, sin embargo, no son lo bastante potentes como para mostrarle la propia escritura, y aunque lo fuesen, Azul duda de que pudiera leer lo escrito al revés. Lo único que puede decir con certeza, por lo tanto, es que Negro está escribiendo en un cuaderno con una pluma estilográfica roja. Azul saca su propio cuaderno y escribe: 3 Feb. 3 tarde. Negro escribiendo en su mesa.

De vez en cuando Negro hace una pausa en su trabajo y mira por la ventana. En un momento dado Azul cree que le está mirando directamente a él y se retira. Pero tras una inspección más detenida se da cuenta de que es simplemente una mirada vacía, reveladora de reflexión más que de visión, una mirada que hace las cosas invisibles, que no las deja penetrar. Negro se levanta de su silla a cada momento y desaparece a un lugar oculto de la habitación, un rincón, supone Azul, o quizá al cuarto de baño, pero nunca está ausente mucho rato, siempre regresa rápidamente a la mesa. Esto sigue así durante varias horas y Azul no se ha enterado de nada a pesar de sus esfuerzos. A las seis escribe la segunda frase en su cuaderno. Esto sigue así durante varias horas.

No es tanto que Azul se aburra como que se siente frustrado. No pudiendo leer lo que Negro ha escrito, todo es un vacío hasta ahora. Quizá sea un loco, piensa Azul, que está tramando volar el mundo. Quizá ese escrito tenga algo que ver con su fórmula secreta. Pero Azul se avergüenza inmediatamente de ese pensamiento tan infantil. Es demasiado pronto para saber nada, se dice, y por el momento decide no emitir ningún juicio.

Su mente vaga de una cosa a otra y finalmente se detiene en la futura señora Azul. Planeaban salir esta noche, recuerda, y de no haber sido por la aparición de Blanco en su despacho esta mañana y por este nuevo caso, ahora estaría con ella. Primero el restaurante chino de la calle Treinta y nueve, donde habrían luchado con los palillos y habrían hecho manitas por debajo de la mesa, y luego el programa doble del cine Paramount. Durante un momento tiene una imagen asombrosamente clara de la cara de su novia en la cabeza (riéndose con los ojos bajos, fingiendo azoramiento) y se da cuenta de que preferiría con mucho estar con ella en lugar de estar sentado en ese cuartito durante Dios sabe cuánto tiempo. Piensa en llamarla por teléfono para charlar, titubea y luego decide no hacerlo. No quiere parecer débil. Si ella supiera cuánto la necesita, él empezaría a perder su ventaja y eso no sería bueno. El hombre debe ser siempre el más fuerte.

Ahora Negro ha recogido la mesa y sustituido los materiales de escritura por la cena. Está allí sentado masticando despacio, mirando fijamente por la ventana de esa manera abstraída. Al ver la comida, Azul se da cuenta de que tiene hambre y busca en el armario de la cocina algo que comer. Se decide por una cena de estofado de lata y moja en la salsa con una rebanada de pan blanco. Tiene ciertas esperanzas de que Negro salga después de cenar, y se anima cuando ve una repentina actividad en la habitación de Negro. Pero todo queda en nada. Quince minutos más tarde, Negro está sentado delante de su mesa nuevamente, esta vez leyendo un libro. Hay una lámpara encendida a su lado y Azul ve su cara más claramente que antes. Calcula que la edad de Negro es la misma que la suya, año más, año menos. Es decir, tendrá alrededor de los treinta años. Encuentra la cara de Negro bastante agradable, sin nada que la distinga de otras mil caras que uno ve todos los días. Esto es una desilusión para

Azul, porque todavía espera secretamente descubrir que Negro es un loco. Azul mira por los prismáticos y lee el título del libro que Negro está leyendo. *Walden*, de Henry David Thoreau. Azul nunca ha oído hablar de ese libro y anota cuidadosamente el título en el cuaderno.

Todo sigue igual durante el resto de la tarde, Negro leyendo y Azul mirándole leer. A medida que pasa el tiempo, Azul se desalienta más y más. No está acostumbrado a estar sentado mano sobre mano, y cuando la oscuridad le va cercando, empieza a ponerse nervioso. Le gusta estar en movimiento, yendo de un sitio a otro, haciendo cosas. No soy del tipo Sherlock Holmes, solía decirle a Castaño, siempre que el jefe le encargaba un trabajo especialmente sedentario. Dame algo a lo que pueda hincarle el diente. Ahora que el jefe es él, esto es lo que consigue: un caso en el que no hay nada que hacer. Porque ver a alguien leer y escribir no es hacer nada. La única manera de que Azul tenga una idea de lo que está ocurriendo es estar dentro de la cabeza de Negro, ver lo que está pensando, y eso por supuesto es imposible. Poco a poco, por lo tanto, Azul deja que su mente derive hacia los viejos tiempos. Piensa en Castaño y en algunos de los casos en los que trabajaron juntos, saboreando el recuerdo de sus triunfos. El Asunto Rojo, por ejemplo, en el cual rastrearon al cajero de un banco que había desfalcado un cuarto de millón de dólares. Para ese caso Azul fingió ser un corredor de apuestas y convenció a Rojo para que apostara con él. Los billetes fueron identificados como los que faltaban en el banco y el hombre recibió su merecido. Aún mejor fue el Caso Gris. Hacía más de un año que Gris había desaparecido y su esposa estaba dispuesta a darle por muerto. Azul buscó por los canales normales y no encontró nada. Luego, un día, cuando estaba a punto de archivar su último informe, tropezó con Gris en un bar, a menos de dos manzanas de donde estaba su esposa, convencida de que él no regresaría nunca.